

IDENTIDADES AFRODESCENDIENTES EN EL PACÍFICO NARIÑENSE: REGISTROS Y TRANSFORMACIONES EN LAS TRES ÚLTIMAS DÉCADAS

Eduardo Restrepo¹

RESUMEN

El presente artículo examina los distintos registros de las identidades afrodescendientes en el Pacífico nariñense desde los años noventa hasta la actualidad, contextualizando los cambios en el marco de transformaciones económicas, sociales y políticas significativas. Inicialmente, en la década de los noventa, las identidades afrodescendientes se articulaban en dos registros diferenciados: uno arraigado en lo local, donde se destacaban categorías como libres, renacientes, campesinos o negros, y otro marcado por el enfoque de etnización, promovido por el giro al multiculturalismo y la Ley 70 de 1993. Sin embargo, el escenario actual se caracteriza por la complejidad de una región que ha sido profundamente afectada por la violencia armada, el narcotráfico y la minería ilegal, lo que ha transformado sustancialmente el modelo socio-económico y las experiencias vividas por las poblaciones afrodescendientes. Se describen algunas de las transformaciones más significativas en términos económicos, demográficos y políticos que han tenido lugar en la región en las cuales la violencia armada y la economía de la coca han sido cruciales. Igualmente se abordan los principales efectos de estas transformaciones, ya que no solo han modificado los registros de identidad existentes en los años noventa, sino que también han generado otros registros de la identidad.

-
1. Investigador adjunto del Centro de Investigación, Innovación y Creación, y profesor del Doctorado de Antropología. Universidad Católica de Temuco. Agradezco a Axel Rojas por sus contribuciones analíticas y empíricas a la escritura de este capítulo que, como siempre, han implicado enriquecer y complejizar las elaboraciones que aquí presento.

Palabras clave: Afrodescendientes, identidades, Pacífico nariñense, violencia armada, etnización.

ABSTRACT

This article examines the different registers of Afro-descendant identities in the Nariño Pacific region from the 1990s to the present, contextualizing changes within the framework of significant economic, social, and political transformations. Initially, in the 1990s, Afro-descendant identities were articulated in two distinct registers: one rooted in the local context, highlighting categories such as free, reborn, peasants, or blacks, and another marked by an ethno-cultural approach, promoted by the shift to multiculturalism and Law 70 of 1993. However, the current scenario is characterized by the complexity of a region profoundly affected by armed violence, drug trafficking, and illegal mining, which has substantially transformed the socio-economic model and experiences of Afro-descendant populations. Some of the most significant transformations in economic, demographic, and political terms that have taken place in the region are described, in which armed violence and the cocaine economy have been crucial. The main effects of these transformations are also addressed, as they have not only modified existing identity registers in the 1990s but have also generated other identity registers.

Keywords: Afro-descendants, identities, Nariño Pacific, armed violence, ethnization.

INTRODUCCIÓN

Las actuales identidades de las poblaciones afrodescendientes en el Pacífico nariñense deben comprenderse enmarcadas en las grandes transformaciones demográficas, económicas y políticas que se han producido en las últimas dos décadas en la región. De una región considerada como paraíso de paz hasta mediados de los años noventa, el Pacífico nariñense ha devenido en febril escenario de violencia y muerte, donde guerrillas y sus disidencias, paramilitares y sus herederos, al igual que agrupamientos criminales, muchas veces apuntaladas por los intereses del narcotráfico y la minería, se han disputado el control militar de la región. Estas disputas han estado asociadas a la eclosión y consolidación de los cultivos de coca, al igual que su procesamiento y mercadeo.

Las identidades que hoy se manifiestan entre individuos y poblaciones afrodescendientes deben ser entendidas como componentes de un

complejo y contradictorio proceso, que vincula dimensiones materiales y simbólicas, en un entramado de marcaciones de diferencia. No hay una sola, sino múltiples articulaciones de identidad. No necesariamente confluyen armónicamente ni pueden ser subsumidas estas diferentes articulaciones en un discurso englobante como el de la etnización.

El proceso de etnización de comunidades negras con sus apelaciones a una singularidad tradicionalizada, comunializada y con una relación armónica con la naturaleza de los que se derivan unos derechos territoriales sigue siendo un referente para la articulación de identidades entre activistas y líderes de los consejos comunitarios y organizaciones culturales. Algunos de sus líderes, se enuncian hoy como parte de los pueblos étnicos negro, afrocolombiano, palenquero y raizal. Esta subjetividad política, recientemente cristalizada por la Comisión de la Verdad y el discurso oficial del gobierno Petro, fusiona el registro de la identidad etnizada con la marcación racializada de lo negro, colapsando en esta noción de “pueblo” el diferencialismo culturalista con categorías raciales.

En este artículo se parte del examen de los dos registros de la identidad que coexistían hacia los años noventa para las poblaciones afrodescendientes: uno lugarizado con unas categorías locales como las de *libres*, *negros* o *renacientes* y el otro asociado al proceso de etnización que se posicionaba en la primera mitad de los años noventa en el Pacífico nariñense. Luego, en este texto se describen algunas de las transformaciones económicas, demográficas y políticas más sustanciales de la región vinculadas a la emergencia de la violencia armada y la economía de la coca. Estas transformaciones han tenido un impacto significativo en el modelo socio-económico y las experiencias vividas de las poblaciones afrodescendientes en el Pacífico sur colombiano. Finalmente, se presentan los tres más importantes efectos para entender no solo las modificaciones de los dos registros de la identidad que operaban en los años noventa, sino también algunas nuevas identidades entre los afrodescendientes en la región del Pacífico nariñense.

Registros de la identidad en los años noventa

Para la primera mitad de los años noventa, antes de que interrumpiera el conflicto armado en el Pacífico nariñense y se posicionara la economía de la coca y el narcotráfico, dos eran los registros en los cuales se articulaban las identidades de las poblaciones afrodescendientes. Por un lado, circulaban una serie de narrativas y experiencias fuertemente lugarizadas donde se articulaban identidades locales desde categorías de adscripción como las

de *libres, renacientes, campesinos o negros* en una gramática de la diferencia con otras poblaciones donde las referencias a los ríos, playas o poblados eran centrales (Gutiérrez *et al.* 2022).

En Satinga y Sanquianga, por ejemplo, se hablaba de los *culimochos* para referirse a las poblaciones asentadas desde tiempos inmemoriales en las playas de Vigía y Mulatos con marcaciones corporales como su piel blanca, sus nalgas aplanadas, sus cabellos lisos y muchos de ellos con ojos claros. Los *paisas*, por su parte, eran los individuos que provenían del interior del país, que no eran *negros* (o *de color*), pero no necesariamente originarios de Antioquia o sus zonas de influencia. Bogotanos o santandereanos eran englobados, por tanto, con este término de *paisas*. Como *serranos* eran conocidas las personas provenientes de Pasto y del altiplano nariñense, que se diferenciaban en su forma de hablar y en sus rasgos físicos de los *paisas*. También circulaba el término de *gringo*, que se utilizaba para referirse a los extranjeros en general que por su apariencia y sus dificultades al hablar castellano incluían a europeos y norteamericanos blancos (Restrepo, 1996).

Cholos era el término comúnmente utilizado para referirse a los eperara siapidara asentados, desde hacía unas pocas décadas, en los ríos Satinga y Sanquianga. *Indio*, en cambio, era reservado para los esporádicos vendedores con ciertas marcaciones corporales y lingüísticas de indianidad (algunos de ellos probablemente inganos) que comercializaban remedios, yerbas, pequeños libros mágicos y seguranzas en improvisados puestos callejeros o recorrían los barrios de Bocas de Satinga. Finalmente, se hablaba de *indios bravos* para referirse a los responsables de los restos cerámicos que se hallaban con frecuencia en ciertos esteros y diques aluviales de la zona.

Por su parte, *libres, negros, de color, campesinos o renacientes* eran términos que circulaban en Satinga y Sanquianga para referirse a sí mismos o cómo eran llamados por otros a individuos y colectividades que hoy, para ese nosotros que habita el mundo oenegero, del Estado y de la academia, aparecen felizmente englobados en la noción de afrodescendientes. En términos identitarios, la adscripción a un río o una playa o estero aparecía como central. Ser *satingueño, sanquiangueno* o incluso *mareño* eran referentes de identidad cuando se estaba hablando con alguien de otro lugar. Se apelaba también a las pertenencias a los poblados o los apellidos cuando la identificación se articulaba al interior del mismo río. *Campesino* o *del pueblo* emergía también como un contraste para identificarse en

relación con lugares de residencia. Algunas actividades, incluso, operaban en este sentido como pescador, minero, tuquero² o agricultor.

Este conjunto de categorías, rápidamente esbozado aquí desde mi trabajo de campo a principios de los noventa para los ríos Satinga y Sanquianga, no era generalizable al Pacífico nariñense.³ En el río Telembí, en el río Tapaje en la ensenada o en el casco urbano de Tumaco las categorías de adscripción no estaban necesariamente organizadas como en Satinga y Sanquianga. Se podían encontrar algunas, pero también no estaban otras. Así, este registro lugarizado de la identidad se ha articulado desde unas inflexiones y diferenciaciones que no pueden ser generalizadas al Pacífico nariñense. Hoy en Satinga y Sanquianga las gramáticas locales de la identidad no son necesariamente las mismas de los años noventa, aunque tampoco son absolutamente distintas. Se pueden trazar continuidades, pero también emergen diferenciaciones. *Mexicano*, por ejemplo, ha aparecido como identidad y *paisa* se ha transformado. Términos como comunidades negras, afro o afrocolombiano, por su parte, también tienen hoy su lugar, sobre todo entre activistas y funcionarios de la alcaldía o de otras entidades estatales y del mundo de las ONG que se encuentran sobre todo en el casco urbano.

Las identidades nunca están cerradas o finiquitadas, sino que siempre se encuentran en proceso, diferencialmente abiertas a transformaciones y nuevas articulaciones. Este aspecto introduce una historización radical de las identidades, una crítica frontal a las concepciones que asumen la identidad como manifestación de una mismidad esencial e inmutable (Briones, 2007). Las identidades siempre se superponen, contrastan y oponen entre ellas. Antes que unificadas y singulares, las identidades son múltiplemente construidas a lo largo de diferentes, a menudo yuxtapuestos

-
2. Así se refieren a los madereros que extraen del monte la madera en trozas o tucos para venderla en los aserríos.
 3. De manera muy gruesa, en el Pacífico nariñense se pueden diferenciar tres zonas biogeográficas e histórico-sociales. La primera es el piedemonte, que comprende los municipios de Ricaurte, Barbacoas, Roberto Payán y Magüí Payán. Esta zona se encuentra articulada por los ríos Telembí y Patía. Las poblaciones no son solo afrodescendientes, sino también hay presencia indígena y el amplio espectro que suele colapsarse en la categoría racializada de mestizo o blanco. La segunda zona se constituye alrededor de Tumaco y la parte occidental de Barbacoas, que encuentra un eje en los ríos Mira y Mataje y el otro eje alrededor de la vía de Pasto a Tumaco. La tercera es la zona, en el norte del Pacífico nariñense, gravita más hacia Buenaventura y en menor medida Guapi. Esta zona está constituida por las cuencas de los ríos como el Iscuandé, Tapaje, La Tola, Sanquianga y Satinga.

y antagónicos, discursos, prácticas y posiciones (Hall, 2003). Insisto sobre esto último, porque es muy importante no caer en la tentación de subsumir estas narrativas y experiencias lugarizadas de la identidad de un momento y un lugar específicos en nuestro principio de inteligibilidad racializante o culturalizante de la diferencia.

Para la mitad de los años noventa, el otro registro de la identidad que circulaba en el Pacífico nariñense era el de la etnización. Este registro de la identidad se derivaba del giro al multiculturalismo que articulaba unas narrativas y experiencias de las comunidades negras como grupo étnico, con unos territorios colectivos, unas prácticas tradicionales de producción en relación armónica con la naturaleza, y unas formas de autoridad e identidad cultural tradicionales y distintivas del resto de los colombianos (Restrepo, 2013).

La genealogía de este registro de la identidad se remonta a mitad de los años ochenta, cuando en el curso medio del río Atrato (en el Pacífico norte) se consolida un proceso organizativo de los campesinos negros que posibilita apelar a la diferencia étnico-cultural en clave de derechos colectivos sobre los bosques que por esos años se encontraban amenazados ante los intereses de empresas madereras que habían solicitado los estudios exploratorios para lograr que el estado colombiano concediera sus permisos de explotación (Villa, 1996). Los equipos misioneros en el medio Atrato que venían impulsando desde la opción por los pobres y la evangelización interculturada, habilitadas con el Concilio Vaticano II y la teología de la liberación, tuvieron un papel central en la consolidación de este proceso organizativo, al igual que un ambicioso proyecto de la cooperación internacional holandesa conocido como el DIAR (Gutiérrez y Restrepo, 2016).

Como consecuencia de la escalada a nivel nacional de este proceso de etnización de comunidades negras asociado a los debates y movilizaciones en torno a la Asamblea Nacional Constituyente y, posteriormente, de la socialización del Artículo Transitorio 55 (AT55) de la Constitución Política de 1991 y la puesta en marcha de la Comisión Especial para las Comunidades Negras, en el Pacífico nariñense surgieron múltiples organizaciones y se perfilaron activistas que impulsaron unas narrativas y experiencias de la identidad desde este registro (Pardo, 2017). Este registro de la identidad se articula desde el giro al multiculturalismo que constituye a las comunidades negras como sujeto jurídico y político desde su diferencia étnico-cultural. El AT 55 y sobre todo la Ley 70 de 1993 devienen en referentes nodales

de un nuevo vocabulario jurídico-político, estrategias organizativas y subjetividades políticas (Rojas, 2011).

Contrario a lo que algunos les gustaría y pudieran pensar, es solo hasta comienzos de los años noventa que en el Pacífico nariñense un puñado de activistas, religiosos, funcionarios y académicos empiezan a referirse a las poblaciones afrodescendientes en términos de comunidades negras que constituían un grupo étnico y que se caracterizaba por un territorio donde prima la propiedad colectiva, así como por una racionalidad económica y cultural orientada por unas prácticas de producción tradicionales en relación armónica con la naturaleza que han sido garantes de la biodiversidad, con formas de autoridad tradicional e identidad cultural propia.

Durante la década del noventa, mediante numerosos talleres de socialización del AT 55, reuniones informativas de los avances de la Comisión Especial para Comunidades Negras, asambleas de las nacientes y existentes organizaciones de difusión de la Ley 70 de 1993, este registro de la identidad circula e interpela reiterativamente a los líderes y las poblaciones de los diferentes ríos, esteros, playas y poblados del Pacífico nariñense. Los procesos de constitución de los consejos comunitarios derivados del artículo 1745 de 1995, asociados a los requerimientos para la solicitud de la titulación colectiva que implicaba, entre otros, la elaboración de censos, mapas, y la etnohistoria de cada una de las “comunidades” también contribuyeron a posicionar en la región del Pacífico nariñense este registro de la identidad en clave de etnización (Restrepo, 2013).

La defensa del territorio desde la diferencia étnico-cultural, apuntalada en un marco jurídico que habilitaba un particular sujeto de derechos, se constituye como una inusitada agenda y estrategia política de las organizaciones étnico-territoriales y culturales en diferentes sitios del Pacífico nariñense. Escenarios como el Proyecto Biopacífico, el Proyecto de Zonificación Ecológica, el Proyecto Bosques de Guandal, los Comités Regionales, potencian esta agenda y estrategia (Escobar, 2010). A menudo con el apoyo de la iglesia y de entidades no gubernamentales, también se dieron disputas con Corponariño y con empresarios palmeros, madereros y mineros que impulsaron en los años noventa el posicionamiento de los líderes de comunidades negras y sus organizaciones étnico-territoriales y culturales en diferentes lugares del Pacífico colombiano.

La por aquel entonces creciente circulación y visibilidad de este registro de la identidad no significó la disolución del registro de las identidades lugarizadas descritas más arriba. Al contrario, ambos registros

han coexistido, influyéndose mutuamente en algunos casos. Aunque en los líderes y las personas más cercanas a los procesos organizativos se vislumbraba una mayor interpelación del registro de la identidad etnizada, la manera cómo fue apropiado este registro no fue homogénea ni supuso una borrada de los principios de inteligibilidad y clasificación de las categorías de las identidades locales previamente existentes. Además, a pesar de los descomunales esfuerzos por “concientizar” a los pobladores de ríos, esteros, playas y poblados del Pacífico nariñense de sus derechos como grupo étnico, para finales de los años noventa era común encontrar personas que no parecían haber sido interpeladas en sus discursos y subjetividades por este registro de la identidad etnizada.

Para finales de los años noventa y comienzos del nuevo milenio, en el Pacífico nariñense se presentaron una serie de procesos económicos, demográficos y políticos que transformaron las condiciones de existencia de las poblaciones afrodescendientes e impactaron de múltiples maneras los dos registros de identidad descritos. En lo que sigue, se expondrán algunas de estas transformaciones que han tenido efectos en las vidas y en la configuración de las identidades de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico nariñense.

Transformaciones

Desde los años noventa hasta el presente, en el Pacífico nariñense se han producido grandes transformaciones. La más notable, sin duda, ha sido el devenir en uno de los más brutales escenarios de la violencia armada donde diferentes actores se han disputado el control de cada uno de los ríos, ensenadas, playas, bocanas, esteros y poblados, así como la vida y la muerte de sus gentes. De una región concebida hasta la mitad de los años noventa como un “remanso de paz”, se ha convertido en uno de los escenarios más descarnados y cruentos de la violencia armada.

La presencia del Frente 29 de las FARC, Comuneros del Sur del ELN en algunos municipios costeros de Nariño se remonta a los años ochenta. Ambos grupos guerrilleros se expandieron en los años noventa a través de los ríos Patía y Telembí, tomando el control de diferentes lugares como Barbacoas, Iscuandé, El Charco, La Tola y Olaya Herrera. Posteriormente, las FARC también se establecieron en el municipio de Tumaco a principios de los años 2000. Los paramilitares anunciaron su presencia en el casco urbano de Tumaco en septiembre de 2000, liderados por Guillermo Pérez Alzate, conocido como Pablo Sevillano (Oviedo, 2018). Utilizando tácticas de terror, los paramilitares ganaron control sobre algunas áreas costeras

y los centros urbanos, mientras que la guerrilla se mantuvo en gran parte de las zonas rurales. Después de la desmovilización de los paramilitares en 2005, surgieron grupos sucesores como las Águilas Negras y los Rastrojos, quienes continuaron con la violencia armada en la región.⁴

Entre los factores que explican la irrupción de la violencia armada en el Pacífico nariñense, el más evidente ha sido el surgimiento y consolidación de la economía de la coca. Con las intensas fumigaciones de los cultivos de coca en el vecino departamento del Putumayo, emprendidas por el gobierno colombiano desde 1995, e intensificadas en el marco del Plan Colombia y el Plan Patriota, se estimuló que los cultivos que allí se habían establecido desde los años ochenta se trasladaran hacia el Pacífico nariñense. La participación de los actores armados en el negocio de la coca impulsó el cultivo entre los colonos que llegaron de otros lugares, así como entre los pobladores locales (Escobedo y Palacios, 2009, p. 66).

De un lado, este estímulo fue indirecto, al permitir que terceros distribuyan semillas y otros recursos necesarios para adelantar los cultivos (recurriendo al mecanismo del endeude) y luego estableciendo impuestos sobre las cosechas y regulando precios. Del otro lado, el estímulo fue directo cuando a través de su mediación se desplazan los pobladores locales de aquellos terrenos aptos para el cultivo de coca, repoblando estas áreas con nueva gente ideológicamente afín para que adelanten las plantaciones (Codhes, 2003, p. 4).

Otro de los factores que explican la presencia de disímiles actores armados y la escalada de la violencia armada en el Pacífico nariñense se refiere a lo estratégico de la región para el transporte de la droga producida en los laboratorios hacia los mercados del norte. Es la posición geográfica de la costa nariñense, favorable para este comercio, no sólo por el creciente procesamiento del alcaloide en este departamento, sino por su vecindad con el Putumayo y el Ecuador. La morfología de la costa del Pacífico nariñense, atiborrada de esteros y manglares, cruzada por innumerables ríos y afluentes que se internan en lo más profundo de las selvas, facilita la operación de lanchas extra rápidas con las cuales se puede sacar el alcaloide hacia distintos mercados (Ciro Rodríguez, 2023).

4. Entre los estudios más recientes de las transformaciones de los actores y lógicas de la violencia armada en el Pacífico nariñense, ver Ávila (2020, 2022). Para una historia enfocada en Tumaco, ver Oviedo (2018).

Entre las transformaciones de las últimas décadas, la minería con retros y dragas ha tenido gran relevancia en algunas zonas del Pacífico nariñense. Aunque la minería mecanizada no es nueva en la región, desde finales de los noventa se ha incrementado el número de retros y dragas que operan en los lechos y diques aluviales. También se han generalizado formas de operación de las retros de forma ilegal mediante modalidades de arrendamiento de terrenos y de presión de agrupamientos armados, con la movilización de población flotante de barequeros, que modifican los alcances e implicaciones de la actividad minera (Ferrín, Yépez y Gonzales, 2023).

Por la inexistencia o dificultad de su extracción, las zonas de las mares, con sus bocanas y esteros y manglares, se encuentran al margen de la explotación minera. Algunas cuencas, como las de los ríos Satinga y Sanquianga, por su composición de suelos no contienen arenas auríferas de importancia, por lo que también han estado al margen de los procesos de extracción minera. Otras, en cambio, como la zona de Barbacoas y las partes medias y altas de los ríos Tapaje o Iscuandé han sido ricas en el mineral dorado. Es en Barbacoas, Maguá Payán e Iscuandé donde las retros han tenido mayores efectos ambientales y económicos en el Pacífico nariñense.

No puede soslayarse en el análisis, que las presencias y disputas de los actores armados en el Pacífico nariñense no se circunscriben a la economía de la coca. En algunas zonas, como en Barbacoas, El Charco, Iscuandé y Maguá Payán, el auge de la minería ilegal de retros y dragas también ha impulsado las disputas de los actores armados y el ejercicio de la violencia armada sobre la población.

Las condiciones de existencia en los diferentes tipos de asentamientos, desde las residencias aisladas a los centros poblados, han sido impactadas por el posicionamiento y disputa de los actores armados asociados a la economía de la coca y la minería ilegal. El desplazamiento forzado de cientos de personas, horrorizados por los asesinatos y las amenazas, ha significado el vaciamiento por parte de los afrodescendientes de los pequeños poblados, por el abandono de casas y fincas en gran parte de los ríos, esteros y playas de la región. Este vaciamiento ha sido orquestado por la implementación de una “economía del terror” (Taussig, 2002), desplegada por grupos paramilitares y sus herederos, guerrillas y sus disidencias, ejército-policía y bandas delincuenciales en nombre del control del espacio y de sus poblaciones.

El desplazamiento hacia centros urbanos del Pacífico como Barbacoas, Tumaco, Guapi o Buenaventura, o hacia ciudades del interior del país como Pasto, Cali, Pereira y Bogotá, ha sido una de las estrategias por parte de las poblaciones locales para sobrevivir a las presiones y embates de la violencia armada. Desplazamientos que pueden ser provisionales, aunque en no en pocas ocasiones terminan alargándose por años, haciendo cada vez más difícil el regreso. Los desplazamientos de los ríos y campos hacia Tumaco y otras ciudades del interior del país, e incluso hacia el Ecuador, se intensifican en la primera década de los años 2000.

En los diferentes centros urbanos, los afrodescendientes que han huido de la barbarie devienen en “desplazados”, engrosan los asentamientos marginales y se enfrentan a la miseria. Otros se confinan en sus casas, viendo limitados sus movimientos y sus labores de subsistencia. No solo hay desplazamiento de las poblaciones, sino también una interrupción de la movilidad de quienes se quedan. Estas restricciones a la movilidad sobre cuerpos y objetos, que algunos activistas han denominado “emplazamiento forzado” (Rosero, 2002), son explícitas cuando se asocian a las prohibiciones de los actores armados como parte de sus estrategias para el control de gentes y territorios. Estas restricciones a la movilidad también pueden ser autoimpuestas debido al sentimiento de inseguridad del lugar experimentado por los pobladores locales como consecuencia de la presencia real o imaginada de grupos armados.

En las últimas décadas se produce la llegada de un importante número de personas provenientes de otras regiones del país. Uno de los sectores poblacionales que ha migrado y se ha instalado en algunas zonas del Pacífico nariñense (como en la cuenca del Alto Mira o en el río Satinga) son conocidos como *colonos*. La característica de los colonos es que se asientan en zonas rurales para establecer sus fincas donde se dedican a la agricultura y otras actividades asociadas a las formas de vida campesina, teniendo un lugar preponderante los cultivos de coca. Para el 2007, se calculaba que aproximadamente 55% de las personas desplazadas del departamento de Putumayo se dirigieron hacia Nariño (Serrano, 2007, p. 48).

Además de los colonos, también asociados sobre todo al auge de la economía de la coca, así como a la minería ilegal, han llegado a establecerse en los poblados una amplia gama de foráneos provenientes de diferentes partes del país, pero especialmente de Antioquia y del Valle del Cauca. Algunos son empresarios en los diferentes eslabones de la coca, otros están con las retros y dragas. Una gran parte están al frente de pequeños negocios de abarrotes, electrodomésticos, ropas y pequeñas tiendas, así como de

bares y burdeles. Ventas callejeras de frituras, frutas y bebidas, al igual que itinerantes vendedores de las más diversas mercaderías, también son actividades en las que se puede ver la presencia de estos foráneos.

En términos demográficos, entonces, se puede vislumbrar cómo el Pacífico nariñense ha sufrido importantes transformaciones en las dos últimas décadas con el establecimiento de poblaciones predominantemente no afrodescendientes provenientes de otros lugares del país como los contingentes de colonos que se han asentado en algunas zonas rurales y el incremento de comerciantes y negociantes ubicados en poblados y centros urbanos.

Efectos

Sin caer en idealizaciones que establecen un absoluto contraste con una época idílica donde la tradición y la autonomía se pierden hacia finales de los años noventa, no se pueden desconocer una serie de efectos profundos en las condiciones de existencia de las poblaciones afrodescendientes en el Pacífico nariñense derivados de las transformaciones indicadas.

Uno de los efectos más estructurales de estas transformaciones se relaciona con el modelo económico imperante en la región del Pacífico nariñense. De una situación en donde tenían cabida actividades productivas y racionalidades económicas consuetudinariamente realizadas por las poblaciones afrodescendientes para reproducir con relativa autonomía sus condiciones de existencia, hoy impera un modelo productivo y de consumo regido directa o indirectamente por la economía de la coca y la minería mecanizada que establece una serie de constreñimientos que han marginalizado muchas de estas actividades y racionalidades.

A veces de forma forzada y otras por voluntad propia, no son pocos los afrodescendientes que han abandonado parcial o totalmente actividades como la agricultura en sus fincas de productos para los mercados locales y regionales como el coco, el plátano o el arroz. Algunos orientaron sus esfuerzos a sembrar coca o participar en algunas de las labores asociadas con la producción de pasta o en los cristalizaderos de la cocaína o a su transporte. Unos más se han dedicado a nuevas actividades económicas, muchas veces en lo que se conoce como “el rebusque”, sobre todo si se han visto en situación de desplazamiento en poblados y centros urbanos.

En las zonas de las mares, la pesca continúa siendo una actividad viable para muchos. Aunque, los pescadores se quejan de que la cantidad de las capturas han disminuido y las distancias requeridas para lograr una

buena pesca ha aumentado. En muchos lugares o en ciertas épocas, se teme salir a pescar de noche, por los robos o por la presencia de actores armados. Esto ha transformado algunas modalidades y ritmos de pesca. Por su parte, la recolección de piangua en la zona de manglares no solo se mantiene como una actividad para grupos de mujeres, sino que en algunos poblados se ha consolidado como una de las actividades económicas más relevantes ante su demanda en el mercado ecuatoriano. Así, lo que antes era una actividad puntual de recolección realizada por mujeres y niños, orientada en gran parte para el consumo doméstico, se ha convertido en una labor también realizada por hombres y destinada al mercado.⁵

En los cursos medios y cabeceras de las cuencas auríferas, se practica cada vez menos la minería mediante técnicas artesanales. El arrendamiento de los terrenos para que operen las dragas, el desplazamiento de los antiguos dueños de sus minas o el abandono de la minería para orientarse a otras actividades, tiene un efecto importante en el modelo minero tradicional que todavía predominaba en algunas zonas para los años noventa. Los jóvenes son cada vez más renuentes a las extenuantes labores de la minería más tradicional, manteniéndose cierta importancia en los lugares y familias que han realizado algunas transformaciones tecnológicas (como las draguetas o motobombas).

La extracción de madera continúa siendo una actividad importante en algunas zonas del Pacífico nariñense, aunque priman hoy algunas transformaciones asociadas a la utilización generalizada de motosierras para el desembosque de trozas o bloques de madera.⁶ Se aprecia la reducción del número de aserríos en lugares tradicionalmente madereros como Bocas de Satinga o Salahonda, lo cual se explica por la mayor utilización de motosierras para aserrar bloques directamente en el bosque y por el mayor énfasis en extracción selectiva de maderas finas.

Las racionalidades económicas que articulaban muchas de estas actividades de los afrodescendientes del Pacífico nariñense también han sido impactadas por el incremento en el flujo monetario, así como por los cambios en los ritmos y relaciones de producción. Con la irrupción

5. Incluso personas que viven en el casco urbano de Tumaco se dedican a esta actividad económica. Al respecto, ver Churta y Gómez (2023).

6. Del monte se sacan trozas o tucos para transportarlas por las corrientes de agua hasta los aserríos cuando los árboles explotados son de madera basta (como el cuángare, sajo o sande), mientras que los bloques o tablones se asierran directamente en el monte cuando se trata de madera fina (cedro, chanul, chachajo).

de la violencia armada y, sobre todo, con la creciente dominancia de la economía ligada a la coca y a la minería mecanizada (en su gran mayoría ilegal) el sustrato de las estrategias de producción tradicionales se ha ido erosionando sustancialmente.

Otro asunto por considerar son los cambios en los patrones de consumo y los mecanismos de prestigio social que se ligan cada vez más, sobre todo en las nuevas generaciones, a nociones de bienestar más individualizadas a menudo incompatibles, cuando no antagónicas, con las que operaban hasta los años noventa y que fueron fundamentales para el posicionamiento del registro de la identidad que se fundaba en el concepto de las comunidades negras como grupo étnico. En cascos urbanos del Pacífico nariñense se atestigua la operación de marcadores de distinción asociados a unos tipos de consumo como determinadas ropas, extensiones humanas para el cabello, teléfonos inteligentes, conexiones de internet, dispositivos de sonido, televisores con servicio satelital, pero también en la construcción de las casas en materiales, a veces con ostentosas fachadas, así como las infaltables motos en los lugares donde esto es posible.

Para algunos jóvenes, incluso, se ha hecho seductor el poder de los grupos armados y la posibilidad de acceder al dinero (Insuasty y Velásquez, 2014, p. 96). Así, sin caer en la queja moralizante adultocéntrica, sí es evidente que sectores de jóvenes afrodescendientes, sobre todo en poblados y centros urbanos, se identifican con patrones de consumo y prestigio que fácilmente confluyen con la idealización de lo que ciertos actores armados encarnan para el Pacífico nariñense.

Las expectativas y nociones de bienestar, entonces, implican articulaciones con el mercado y el consumo (y no solo en los jóvenes), muy distintas de las que predominaban hacia comienzos de los años noventa. El volumen de dinero requerido, las mercancías deseadas y los valores asociados se han transformado notablemente, sobre todo entre los jóvenes y en los cascos urbanos. Son puntas del iceberg de efectos sustanciales en los modelos y expectativas económicas, constituyen indicadores de implicaciones en las prácticas y los deseos entre las poblaciones afrodescendientes del Pacífico nariñense.

En este sentido, se hace relevante el marco analítico propuesto el historiador Oscar Almario (2004) sobre la contradicción cualitativa entre lo que se podría considerar como un emergente modelo económico-social (denominado modelo de nueva economía) y los otros dos existentes en la

región (el modelo extractivo clásico y el modelo alternativo que constituiría el sustrato económico-social del proceso organizativo étnico-territorial).

Con respecto a este emergente modelo económico-social deben tenerse en cuenta dos aspectos. De un lado, no es un proceso homogéneo ya que ha impactado de forma diferencial a los distintos ríos, esteros, playas y poblados del Pacífico nariñense. Esto es, las articulaciones de este modelo no tienen el mismo calado en Llorente, Bocas de Satinga o Tumaco que en Mosquera, Iscuandé o en Salahonda. De otro lado, el avance de este modelo no ha borrado de un tajo relaciones y racionalidades que han estado presentes en estas poblaciones desde generaciones atrás. Antes bien, las ha subsumido o reorganizado bajo un ensamblaje en el cual se perfila su dominancia, pero no estamos ante un fenómeno de tabula rasa.

Los procesos de desterritorialización y reterritorialización de las poblaciones afrodescendientes también constituyen otro de los grandes efectos de las transformaciones de las últimas décadas en el Pacífico nariñense. La desterritorialización es evidente en los procesos de desplazamiento de las poblaciones afrodescendientes en los ríos, esteros, playas y poblados del Pacífico nariñense. El desplazamiento saca a la gente de los territorios, vaciando provisional o permanentemente a estos de sus pobladores ancestrales. El emplazamiento también constituye un proceso de desterritorialización, ya que por la limitación de la movilidad de las personas y los objetos se socava el pleno ejercicio territorial.

Así, estos procesos de desterritorialización entendidos no simplemente como la salida forzosa e indefinida de las tierras y residencias, sino más bien como la imposibilidad del ejercicio territorial, ya sea por el abandono temporal o permanente de los pobladores, ya sea por la restricción de la movilidad de personas y objetos, así como por la incapacidad desde las prácticas de los pobladores locales y de sus formas organizativas de definir una autonomía, apropiación y control sobre su territorio. En últimas, estos procesos de desterritorialización producen no sólo gente desterritorializada, sino también territorios sin gente (Almario, 2004, p. 91) o apropiados por otras gentes. La desterritorialización es uno de los efectos más visibles de la irrupción de la violencia armada en el Pacífico nariñense.

Ahora bien, no hay desterritorialización que no implique al mismo tiempo procesos de reterritorialización. De parte de las poblaciones que se desplazan, no se puede abandonar un lugar sin que se den procesos de apropiación de nuevos espacios, probablemente desde la marginalización y

precariedad, apropiándose y recreando nuevas territorialidades a partir de las experiencias territorializadas previas que los constituyen. Los lugares vaciados o interrumpidos, por su parte, son objeto de nuevas apropiaciones y lugarizaciones por otros actores y gentes.

Un tercer gran efecto de las transformaciones presentadas tiene que ver con los términos y alcances del proceso organizativo que apela a las comunidades negras como grupo étnico. En la región del Pacífico nariñense, este proceso organizativo había logrado, en menos de una década, el reconocimiento de sus derechos como propiedad colectiva sobre gran parte de lo que hasta entonces aparecían al lenguaje del estado colombiano como “tierras baldías”. Además, este proceso implicó todo un despliegue de una pedagogía de la alteridad étnica que constituye el fundamento del registro de la identidad etnizada. Finalmente, consolidó como su estrategia política las organizaciones étnico-territoriales (que a menudo fueron el antecedente de los actuales consejos comunitarios) como referentes desde los cuales se pensaba la región y desde los cuales se empezaron a definir las subjetividades de muchos de sus pobladores.

Todo parecía indicar que el posicionamiento de las organizaciones de carácter étnico apuntaba a consolidar una nueva modalidad de ordenamiento territorial y un consolidado interlocutor político en lo local y regional a partir de su reconocimiento como grupo étnico. No obstante, con la irrupción de la violencia armada, la situación cambió radicalmente. Para los paramilitares, los líderes y organizaciones étnicas y culturales a menudo fueron considerados como aliados de las guerrillas, por lo que fueron amenazados y asesinados (Oviedo, 2018). Muchos salieron en situación de desplazamiento rumbo a Tumaco, Buenaventura, Cali, Bogotá u otros destinos en el extranjero (Canadá, Ecuador, Estados Unidos, fueron algunos de ellos). Aunque algunos regresaron, otros rehicieron sus vidas más o menos alejados del Pacífico nariñense.

Ante la fractura del estado de derecho, la estrategia organizativa articulada desde el sujeto jurídico-político de comunidades negras como grupo étnico se debilitaba ya que era a todas luces insuficiente su apelación a los mecanismos institucionales y jurídicos en aras de garantizar un real ejercicio de autonomía territorial y de articulación de su proyecto político. El lenguaje de la guerra y de la fuerza de las armas que imponen ciertos actores en la región, socava las condiciones de posibilidad de un proyecto que supone una apuesta a las transformaciones de relaciones de poder a través de la movilización social en aras de redefinir el marco mismo de la institucionalidad.

Los consejos comunitarios y su apelación al registro de la identidad etnizada han perdido la perspectiva política más regional y nacional que en algún momento articularon las organizaciones étnico-territoriales y culturales. En su gran mayoría, se encuentran atomizados, convertidos en algo muy parecido a unas juntas de acción comunal en búsqueda de recursos económicos que no siempre son invertidos para beneficios colectivos. El proceso organizativo, dejó de existir como tal y sus alcances como sujeto político ya no hacen parte de las agendas de los líderes de los consejos comunitarios.

No obstante, los consejos comunitarios han ganado mucho en experiencia para un tipo de interlocución con entidades, programas y proyectos impulsados desde el estado (en sus diferentes planos) o por ONG, fundaciones, y convenios de cooperación internacional que se adelantan en sus respectivos territorios. Aunque a menudo se los desconoce, incluso en asuntos que demandarían procesos de consulta previa, los consejos comunitarios son en gran parte movilizados por las demandas de interlocución y los recursos que llegan como parte de la atención humanitaria. En gran parte, han sido enmarcados en un “régimen de victimidad”, en una gubernamentalidad propia de la industria humanitaria internacional (Cárdenas, 2018).

Identities afrodescendientes hoy

Con las transformaciones y efectos indicados, las realidades de las poblaciones afrodescendientes no se circunscriben al discurso identitario afianzado en los años noventa que se fundaba en la noción de unas comunidades negras con unas prácticas tradicionales de producción que se encuentran en relación armónica con la naturaleza y que se expresaban en unos territorios colectivos, formas de autoridad e identidad cultural propia.

Esta noción configurada en el marco del giro al multiculturalismo se ha quedado corta, por decir lo menos, ante las complejas y contradictorias experiencias vividas por gran parte de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico nariñense. Como lo ha argumentado Mauricio Pardo para la región del Pacífico:

La Ley 70, basada en una visión idealizada de poblaciones negras por fuera de las fuerzas mercantiles y de las presiones extractivistas, es impotente e insuficiente para garantizar el uso del territorio y hacer frente a la emergencia social y humanitaria en que se hallan las poblaciones negras del Pacífico. (2016, pp. 331-332)

Hoy no es tan fácil caracterizar al grueso de los afrodescendientes en el Pacífico nariñense a partir de la noción de las comunidades negras en los términos en los que fueron imaginadas jurídica y políticamente en los años noventa. Las prácticas tradicionales de producción no han desaparecido, pero ya no tienen la centralidad que pudieron haber tenido hace unas décadas. Aunque se cuenta con la titulación colectiva, los procesos de desterritorialización y de socavamiento de la autoridad y perspectiva política de los consejos comunitarios hacen que, en la práctica, los territorios colectivos sean en gran parte figuras en el papel.

Las nociones de unas comunidades en armonía con la naturaleza y de conservación de la biodiversidad, han dado paso cada vez más a situaciones de degradación ambiental y de sobreexplotación de los recursos naturales en diferentes lugares del Pacífico nariñense en las que individuos y poblaciones afrodescendientes no siempre están al margen. No obstante estas limitaciones, este discurso no ha desaparecido del lenguaje de los activistas, intelectuales y funcionarios logrando permear, con mayor o menor fuerza, ciertas subjetividades individuales y colectivas de los afrodescendientes en contextos rurales y urbanizados.

El discurso identitario que apela a la etnización no ha dejado de interpelar algunas de las articulaciones de la subjetividad en el Pacífico nariñense. Por tanto, este discurso es necesario pero insuficiente para entender las actuales articulaciones de la identidad de los afrodescendientes en el Pacífico nariñense. *Necesario*, porque es el lenguaje del Estado, el movimiento organizativo y gran parte de los académicos para hacer sentido y articular intervenciones y disputas sobre los afrodescendientes en la región. *Insuficiente*, porque las transformaciones y efectos apenas esbozados en este artículo suponen unas condiciones de existencia complejas, contradictorias y heterogéneas en las vidas de las gentes que pueden ser interpeladas como afrodescendientes que desbordan e interrumpen las celebratorias representaciones de las idílicas y homogéneas comunidades negras.

Como habíamos planteado, las identidades no son fijas ni aisladas sino posicionales y relacionales; no están definitivamente osificadas sino que están constituidas por procesos cambiantes de sedimentación e inestables suturaciones; no son totalidades cerradas y unidimensionales sino fragmentadas y múltiples; son histórica y discursivamente producidas a través de relaciones de poder sin garantías esencialistas. Así, las identidades de los afrodescendientes en el Pacífico nariñense se constituyen hoy en una serie de escenarios y disputas.

En primer lugar, ante la presencia y el posicionamiento de poblaciones venidas del interior del país que se han asentado en lugares como el Alto Mira, el piedemonte y la zona de la carretera Pasto-Tumaco se ha constituido un contraste identitario central entre nativo y colono (Delgado, 2010). *Colono* es un campesino, venido de afuera, sus corporalidades, prácticas y gustos contrastan con los de los *nativos*. Con sus familias, vive en fincas que ha comprado a los nativos o que ha adquirido por medio del desmote, el colono ha estado asociado con el cultivo de coca. Sus corporalidades no son negras, como las de los nativos, sino que son *mestizos aindiados* o *blancos (de color)*. Con sus propios gustos alimentarios, estéticos y musicales, con racionalidades económicas, organización familiar y prácticas funerarias propias, contrastan con los *nativos*. Colonos y nativos son categorías locales de identificación y adscripción, a menudo marcadas por el conflicto sobre los derechos por la tierra y las posiciones encontradas sobre el cultivo de coca y las relaciones con las FARC (Escobedo y Palacios, 2009, p. 66).

Estas diferenciaciones y conflictos han disparado, sobre todo en los afrodescendientes que se encuentran más cercanos a los nucleamientos de colonos, unas narrativas y subjetividades que apelan a la figura del *nativo* equiparándolo con alguien negro, con descendiente de las familias fundadoras. Es en estas zonas de contacto donde las marcaciones de lo colono/nativo adquieren su mayor contraste, pero también donde se pueden registrar procesos de hibridación e intercambio cultural.

Los actores armados que han llegado y recorrido con frecuencia los ríos, esteros, playas y poblados también han disparado procesos de marcación y de subjetivación de las diferencias en el Pacífico nariñense. Así, por ejemplo, en Tumaco se marcaba como guerrilleros a quienes, con rasgos indígenas, andaban vestidos con botas pantaneras. Ver un “cholo con botas” era un indicador de la presencia de estos actores armados. Alguien con botas en las calles de Tumaco generaba la sospecha que era un guerrillero, sobre todo si era *cholo*: “todos los guerrilleros de las FARC eran cholos”. Aunque los actores armados también han contado con la presencia de gente negra, no pocos incluso del Pacífico nariñense, la asociación de *cholos* con la guerrilla de las FARC y de *paisas* con los paramilitares ha sido establecida en el imaginario colectivo.

Como vemos, estas marcaciones operan desde categorías de la identidad lugarizadas que preexisten muchas de ellas la llegada de los actores armados. Unas pocas, que no estaban en el repertorio como la de *costeño*, han sido incorporadas complejizando la gramática de las categorías locales de la identidad. Con la presencia de gentes foráneas en los actores armados,

se han dado procesos de resignificación de algunas de las categorías existentes, pero también han impulsado la condensación de los sentidos de pertenencia y las subjetividades asociadas de los individuos y poblaciones afrodescendientes. Estos procesos de resignificación y condensación no se circunscriben a las presencias de foráneos en los actores armados, sino que se registran también en las gentes llegadas a la región por los auges extractivistas mineros o por el negocio de la coca.

Un tercer escenario en el cual se perfilan las identidades afrodescendientes hoy en el Pacífico nariñense se relaciona con las experiencias de la violencia armada articuladas por las nociones de desplazado y de víctima. En Colombia, en complejas y contradictorias interacciones desde la dimensión jurídica y de intervención estatal, el mercado de atención humanitaria con su ejército de expertos y ONG, y organizaciones de base, se ha configurado un régimen de victimidad (Cárdenas, 2018) que establece un entramado de experiencias, subjetividades e imaginarios sociales cristalizados en las figuras del desplazado y de la víctima.

Para el Pacífico nariñense, una región con procesos de desplazamiento, sus poblados y centros urbanos han atestiguado la llegada de nuevos residentes que se han asentado en zonas marginales y barriadas. Sus corporalidades, pero también sus prácticas y maneras de habitar los poblados y centros urbanos, los marcan como desplazados o víctimas. A veces vinculados a dinámicas de estigmatización, otras presentadas en tono reivindicativo, los desplazados o las víctimas son enunciados y se posicionan como una identificación, operan como identidades individuales y colectivas. Ya no comunidades negras como grupo étnico, ya no simplemente *libres* o *renacientes*, sino que desplazado y víctima devienen en las posiciones de sujeto que galvanizan experiencias y subjetividades.

En términos de la interpelación de las subjetividades y emocionalidades, a través de la televisión satelital, la internet, las redes sociales y los teléfonos móviles, los afrodescendientes en el Pacífico colombiano se han visto cada vez más confrontados por repertorios de imágenes y significados globales que complejizan sus experiencias e identidades. Sobre todo en los jóvenes de los cascos urbanos se notan trazos de estas identidades afrodiaspóricas transnacionalizadas, asociadas muchas de ellas a ciertas éticas y las estéticas de la existencia afrodescendiente que se expresan en las hablas y cuerpos. Esto no es simplemente obliteración de lo propio en nombre de lo transnacional, sino que ha implicado procesos de afirmación de identidades afro o negras del

Pacífico ancladas a las geografías, gastronomías, culturas, músicas e incluso a la “raza” o la “llevarlo en la sangre”.

Antes que interpretar estas transformaciones como una simple pérdida de la tradición, como un alejamiento de lo que son las verdaderas raíces y características de las comunidades negras del Pacífico colombiano, estas emergencias y articulaciones de las identidades afro/negras dan cuenta de las transformaciones del mundo vivido y de sus subjetividades que reelaboran, complejizan y contraponen los registros de identidad lugarizados y de la etnización.

CONCLUSIONES

En los años noventa en el Pacífico nariñense, las identidades afrodescendientes se articulaban en dos registros distintos. Por un lado, se manifestaban narrativas y experiencias arraigadas en lo local, donde se destacaban categorías como libres, renacientes, campesinos o negros, en contraste con otros grupos poblacionales. En estas categorías, las referencias a lugares específicos como ríos, playas o poblados eran centrales. Por ejemplo, en Satinga y Sanquianga, se usaban términos como culimochos para referirse a poblaciones con características físicas particulares, mientras que los paisas englobaban a personas provenientes del interior del país. Al mismo tiempo, surgía el registro de la etnización, impulsado por el giro al multiculturalismo y la promoción de los derechos colectivos de las comunidades negras en relación con su territorio y cultura. Este enfoque se consolidaba con la Ley 70 de 1993 y generaba una nueva conciencia étnica y política entre las poblaciones afrodescendientes.

En el transcurso desde los años noventa hasta la actualidad, el Pacífico nariñense ha experimentado cambios drásticos, convirtiéndose en uno de los escenarios más afectados por la violencia armada. Lo que una vez fue considerado un lugar de relativa paz se ha transformado en un escenario de violencia armada. Desde la presencia inicial de las FARC y el ELN en la década de los ochenta, la región ha sido testigo de la expansión de estos grupos a través de los ríos y municipios costeros, así como del surgimiento de grupos paramilitares posteriormente. Esta escalada de violencia armada se ha visto alimentada por la economía del narcotráfico y la minería ilegal, que han atraído a diferentes actores armados y han generado disputas territoriales y control sobre la población.

Lallegadamasiva de colonosy otros foráneos, principalmente asociados a la economía de la coca y la minería ilegal, ha alterado significativamente la

composición demográfica de la región. Este flujo migratorio ha impactado tanto en las zonas rurales como en los centros urbanos, donde se han formado asentamientos marginales y se ha exacerbado la pobreza. El desplazamiento forzado de comunidades afrodescendientes y otros habitantes locales ha sido una consecuencia directa de la violencia armada, obligando a muchas personas a buscar refugio en ciudades cercanas o incluso fuera del país.

Las transformaciones económicas y sociales en el Pacífico nariñense han tenido efectos profundos en las poblaciones afrodescendientes. El surgimiento predominante de actividades vinculadas a la economía de la coca y la minería ha marginado tradicionales prácticas agrícolas y pesqueras, llevando a muchos a participar en actividades ilegales o informales para subsistir. A su vez, cambios en los patrones de consumo y las aspiraciones de bienestar han alterado significativamente las dinámicas sociales, especialmente entre las nuevas generaciones.

Por otro lado, los procesos de desterritorialización y reterritorialización han llevado a desplazamientos masivos de poblaciones afrodescendientes, creando territorios sin gente y nuevas apropiaciones de espacios. La violencia armada ha debilitado los esfuerzos organizativos de las comunidades negras, poniendo en riesgo sus logros en términos de reconocimiento de derechos y autonomía territorial. A pesar de esto, los consejos comunitarios han ganado experiencia en la interlocución con entidades estatales y organizaciones internacionales, aunque a menudo son instrumentalizados dentro de un marco de victimización que limita su capacidad de acción política. En conjunto, estos cambios han alterado profundamente la vida y las perspectivas de las poblaciones afrodescendientes del Pacífico nariñense, marcando un antes y un después en su historia y organización social.

Las realidades de las poblaciones afrodescendientes en el Pacífico nariñense van más allá del discurso identitario arraigado en los años noventa, que idealizaba unas comunidades negras en armonía con la naturaleza y con prácticas tradicionales de producción. La Ley 70, que reconocía la propiedad colectiva, ha resultado insuficiente frente a las complejas experiencias vividas por estas poblaciones, marcadas por desterritorialización, socavamiento de la autoridad comunitaria y deterioro ambiental. Los emergentes registros de las identidades afrodescendientes se han visto influidas por otras materialidades y condiciones de existencia.

Así, las experiencias vividas y expectativas de los afrodescendientes en el Pacífico nariñense desbordan en múltiples sentidos los términos y contenidos de una identidad hablada en clave de etnización (ya sea como grupo étnico o como pueblo étnico), que no puede dar cuenta adecuadamente de las actuales condiciones materiales y de subjetividades heterogéneas muy distintas de las supuestas por la etnización, en complejos procesos de desterritorialización y territorialización, en correlaciones de fuerzas y presencias de actores y poblaciones que se han asentado en la región. Así, entonces, nuevos imaginarios teóricos y políticos urgen para comprender etnográficamente las urdimbres y anclajes de las identidades entre los afrodescendientes en el Pacífico colombiano.

REFERENCIAS

- Almario, O. (2004). Dinámica y consecuencias del conflicto armado colombiano en el Pacífico: Limpieza étnica y desterritorialización de afrocolombianos e indígenas y 'multiculturalismo' de Estado e indolencia nacional. En E. Restrepo & A. Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: Retos de los estudios de la gente negra en Colombia* (pp. 71-118). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Ávila, A. (2022). *El mapa criminal en Colombia. La nueva ola de violencia y la paz total*. Bogotá: Aguilar.
- Ávila, A. (2020). *¿Por qué los matan?* Bogotá: Editorial Planeta.
- Briones, C. (2007). Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías. *Tabula Rasa* (6), 55-83.
- Cárdenas, R. (2018). Blackness and the Politics of Colombia's War Victims. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* (13), 72-93.
- Ciro Rodríguez, E. (2023). *Regulación del mercado de cocaína para la política de paz total (Policy Brief 9-2023)*. Instituto Colombo-Alemán para la Paz - CAPAZ.
- Churta, J., & Gómez, C. (2023). *Concheras en El Morrito, Tumaco: Características y transformaciones* (Trabajo de grado, Programa de Sociología, Universidad de Nariño, Tumaco).

- Codhes (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento) (2003). *Balance del Plan Colombia en la frontera de Colombia con Ecuador: Contraproductos y crisis humanitaria*. Bogotá.
- Delgado, R. (2010). *El Consejo Comunitario Alto Mira y Frontera: Organización, territorio y resistencia* (Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá).
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envió Editores.
- Escobedo, L. R., & Palacios, M. (2009). *Dinámica reciente de la violencia en la costa Pacífica nariñense y caucana y su incidencia sobre las comunidades afrocolombianas*. Bogotá: Observatorio de Derechos Humanos y DIH.
- Ferrín, J. E., Yépez, J. D., & Gonzales, E. (2023). *Minería de oro y materiales de construcción en el departamento de Nariño, Colombia* (Informe). ICANH.
- Gutiérrez, A., et al. (2022). *Pasando trabajo: Economía y vida campesina afrodescendiente en el Pacífico sur colombiano*. Bogotá: ICANH.
- Gutiérrez, A., & Restrepo, E. (2016). *Misioneros y organizaciones campesinas en el río Atrato (Chocó)*. Medellín: Uniclaretiana.
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita la identidad? En S. Hall & P. du Gay (Eds.), *Cuestiones de Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Insuasty, L., & Velásquez, J. A. (2014). *Caracterización e impacto del conflicto armado en la zona Pacífica nariñense, Tumaco como epicentro de la presencia de grupos armados ilegales análisis años (2007-2012)* (Trabajo de grado, Programa de Sociología, Universidad de Nariño, Pasto).
- Oviedo, R. (2018). *Relatos de tres tristes pargos rojos y una guerra desalmada. Doble historia de Tumaco*. Pasto: Universidad de Nariño, Editorial Universitaria.
- Pardo, M. (2017). *Movimentos negros na região do Pacífico colombiano: Organizações, violência e território* (Tesis de Doctorado, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil).
- Pardo, M. (2016). Posextractivismo: Futuro posible para las poblaciones negras. En A. Ulloa & S. Coronado (Eds.), *Extractivismos y posconflicto en Colombia* (pp. 331-354). Bogotá: Universidad Nacional.
- Restrepo, E. (2013). *Etnización de la negritud: La invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Observatorio de Territorios Étnicos, Editorial Universidad del Cauca.

- Restrepo, E. (1996). *Economía y simbolismo en el Pacífico negro* (Trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín).
- Rojas, A. (2011). Gobernar(se) en nombre de la cultura. Interculturalidad y educación para grupos étnicos en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 47(2), 173-198.
- Rosero, C. (2002). Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: La insistencia en lo propio como alternativa. En C. Mosquera, M. Pardo, & O. Hoffmann (Eds.), *Afrodescendientes en las Américas: Trayectorias sociales e identitarias* (pp. 547-560). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-ICANH-IRD-ILAS.
- Serrano, N. (2007). *Cuando el territorio no es el mismo. Estudio comparativo de los impactos psicosociales y culturales desplazamiento Quibdó, Tumaco y Cartagena*. Bogotá: Plan Internacional.
- Taussig, M. (2002). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*. Bogotá: Editorial Norma.
- Villa, W. (2004). El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo. En M. Pardo, C. Mosquera, & M. C. Ramírez (Eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico* (pp. 331-342). Bogotá: ICAANH-Universidad Nacional.
- Villa, W. (1998). Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región. En A. Maya (Ed.), *Los afrocolombianos. Geografía humana de Colombia* (Tomo VI, pp. 431-448). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.